

Las sirenas: la transformación formal y simbólica del mito en la Edad Media

Laura Rodríguez Peinado

Dpto. Historia del Arte
UCM

El origen de la representación de las sirenas en la Edad Media está en el canto XII de La Odisea y van a estar vinculadas, por lo general, al pecado, son seres que con sus encantos incitan al vicio y al mal.

Las sirenas son seres híbridos caracterizados porque la mitad superior de su cuerpo tiene aspecto de mujer, mientras que la mitad inferior puede tener En los textos medievales con carácter moralizante se alude a su morfología, aunque no de forma definitiva, y no será hasta los últimos siglos de la Edad Media cuando se identifiquen con criaturas que hasta la cintura tienen cuerpo de mujer cuyas extremidades inferiores adquieren apariencia pisciforme que remata en una aleta caudal.

Su apariencia doble, como en el caso de todos los seres híbridos, es un indicio de falsedad y traición, la falsa apariencia esconde la hipocresía.

La sirena ave, con rostro o cuerpo de mujer, tiene su origen en la Antigüedad. Así se representan en piezas como el estamnos del British Museum de Londres (480–470 a. C) procedente de Vulci. En este vaso se representan tres, número que va a seguir manteniéndose en muchas de las representaciones del periodo medieval, donde cada una de ellas, a través del significado de sus nombres, ratifican su carácter pecaminoso. Parténope, con aspecto de virgen, confundía a los hombres con su apariencia de doncella, como hacen las ramerías. Leucosia cuyo nombre significaba blancura y limpieza del alma, con su candidez embaucaba a los hombres con sus embustes, y Ligia que aunque en la Antigüedad era símbolo de claridad, en la Edad Media se alteró su significado por círculo con el que las mujeres enredan a los hombres que caen atraídos por sus encantos.

Vinculadas a la música, una toca un instrumento de cuerda, la otra un instrumento de viento y la tercera encanta con su voz. Sus melodías eran dulces y embaucadoras. Su apariencia de pájaro en la Antigüedad les dotaba de atractivo sexual por su canto, asimilado a los cantos nupciales de las aves, que en este caso llevaban a la perdición. Así, Clemente de Alejandría (s. II) compara el mástil al que fue atado Ulises a la cruz de Cristo: “atado al madero de la cruz, vivirás libre de toda corrupción” y continúa diciendo: “naveguemos para dejar atrás la canción que significa la muerte”.

Hasta los siglos centrales de la Edad Media plásticamente se representan las sirenas ave. En muchos casos solo tienen de mujer el rostro, por lo que se pueden llegar a confundir con arpías. En los siglos del Románico se va introduciendo la sirena pez, que triunfará en los siglos de la Baja Edad Media, en los que la sirena pájaro va perdiendo fuerza y solo se representa en miniaturas destinadas a un público minoritario que todavía llega a

diferencias las dos tipologías. Pero antes se tendrá que ir conformando una tipología que en algunos casos resulta más monstruosa que embaucadora, como la sirena pájaro pez del Sacramentario de Gellone, ca. 790, BnF, Ms. Lat. 12048, fol. 1v; y en los siglos del Románico hay obras en los que aparecen conjuntamente sirenas pájaro y sirenas pez.

En el claustro de la abadía de Santo Domingo de Silos (Burgos), son múltiples los capiteles donde se representan estos seres. Datados a finales del siglo XI, Inés Ruiz Montejo considera que en todos los casos se trata de sirenas, aunque presentan aspectos diferentes, porque las arpías son seres paganos que no se representan en el claustro. En algunos casos presentan sus largas cabelleras, que en todos los casos son el símbolo de la perdición, bien peinadas; en otros casos su cabellera desgreñada incide más en su carácter impúdico y de incitadoras a los pecados carnales; pero también las hay que se cubren con un tocado que no es más que uno de sus engaños arteros. Pueden aparecer solas o asociadas a otros animales que modifican su significado.

Las sirenas pájaros de Silos son símbolo de belleza, engaño y seducción. Son la metáfora de la sensualidad que arrastra al hombre por la senda del pecado y a la perdición del alma, porque detrás de la belleza se esconde la hipocresía y la lascivia. Su canto demoníaco era un reclamo de la concupiscencia, la lujuria y la lascivia. La tentación de la carne suponía la muerte espiritual del hombre.

En alguno de los capiteles silenses de la boca de las sirenas salen serpientes. La serpiente es símbolo de la soberbia y el orgullo, culpable de la primera caída, origen de todas las culpas y la mujer encierra el veneno de la serpiente, por tanto, es símbolo del vicio y la incontinencia, se muestran como inductoras del pecado a través de la soberbia. Pero esta representación también puede someterse a una segunda lectura donde la serpiente es símbolo de la regeneración para quienes aspiran a la verdad, porque muda su piel, por tanto, estos capiteles, proponen una vida de extrema dureza con ayuno y mortificación para cambiar el hábito del pecado por la bondad y la prudencia. La muda de la piel da idea del abandono del cuerpo, por eso la serpiente puede considerarse paradigma de la vida monástica basada en la renuncia concebida como renovación. Cristo en la cruz es la serpiente de bronce con potencial renovador.

La presencia de estos seres impúdicos y procaces en los claustros monásticos tenían como finalidad centrar la atención en las cosas del cielo a través de la meditación, la vigilancia, la soledad, la abstinencia, las vigiliias, el ayuno y el trabajo físico. Se pretendía alertar al monje para que no se dejase engañar por la belleza corporal. Los valores morales vencen la tentación: hay que renunciar al propio cuerpo para alcanzar la inmortalidad.

En los ámbitos seculares, la falsa apariencia podía aludir a la hipocresía de los falsos predicadores que engañaban el corazón de los inocentes con falsas enseñanzas mediante el engaño, la codicia y la ambición que disfrazaban con su elocuencia. Por eso su presencia en canecillos, capiteles, etc. de templos seculares era una advertencia para el hombre precavido.

Guillaume le Clerc escribe en 1210: “la sirena... embruja a los hombres con su voz. Nosotros, que cruzamos este mundo, somos engañados por un canto similar: por la gloria y los placeres de este mundo: la lujuria, el bienestar del cuerpo, la gula, la embriaguez, el deleite del lecho, la riqueza los palafrenes, los hermosos caballos y la hermosura de los

tejidos suntuosos. Siempre tendemos hacia ellos, nos corre prisa alcanzarlos... nos mata la sirena: el demonio que nos lleva al mal y nos hace sumergirnos en lo más hondo de los vicios, nos encierran en sus redes”.

La presencia de sirenas junto a otros seres híbridos como centauros acentúa su significado de tentación y lujuria, como se puede ver, por ejemplo, en unas placas de la Portada de Platerías de la catedral de Santiago de Compostela procedentes de la puerta francígena. Esta conjunción, como símbolo de tentación, se advierte en la representación de San Sisinio, procedente del monasterio de Bawit (Egipto), fechado en los siglos VI-VII.

El origen de la sirena pez se encuentra en seres como Escila, los daimones y algunas deidades asirias, como Astartis.

En los siglos del Románico, las sirenas pez suelen adoptar la tipología de doble cola. Se ha querido vincular su presencia a la adaptación al marco y algunos autores, como Carlos García Gual, comenta que la doble cola simula las dos piernas de las mujeres. Su origen está relacionado con la imagen de los tritones y, probablemente, su pose descarada está vinculada a connotaciones eróticas, sobre todo si tenemos en cuenta que pueden sujetarse las colas con las manos o sujetar peces, símbolo de la prostitución.

En la Baja Edad Media se va imponiendo la sirena pez que puede sujetar peces, pero que a menudo cambia por un espejo y un peine, ambos elementos vinculados asimismo con la prostitución, la vanidad y la lujuria. Estas sirenas coquetas simbolizan la mujer que contempla la muerte y su impureza, implícita en la condición femenina.

El repertorio visual de estos seres es tan rico en la Edad Media, que también se representan sirenos o sirénidos, así como sirenas amamantando a sus crías, son sirenas nutrias que con su leche favorecen el crecimiento rápido de los héroes.

Durante el Renacimiento, aunque se mantiene el simbolismo que la sirena había adquirido durante la Edad Media, con la emblemática van recuperando valores como fortaleza, pureza y capacidad oratoria.

En el siglo XIX, junto a representaciones de sirenas pérfidas, el mito se transforma dotándole de un carácter amable a partir del cuento de Hans Christian Andersen, publicado en 1837, que fue forjando ese ser bondadoso difundido a través del cine.